

EL PARQUE ZOOLOGICO DEL CASTILLO DE CLERES (1)

En Francia, en el Departamento de Seine-Inférieure, a unos 25 kilómetros al norte de Rouen, rumbo a Dieppe, se encuentra el Castillo de Clères, donde nuestro consocio, M. Jean Delacour, tiene instalado uno de los más pintorescos y hermosos jardines zoológicos privados del mundo. Sus colec-

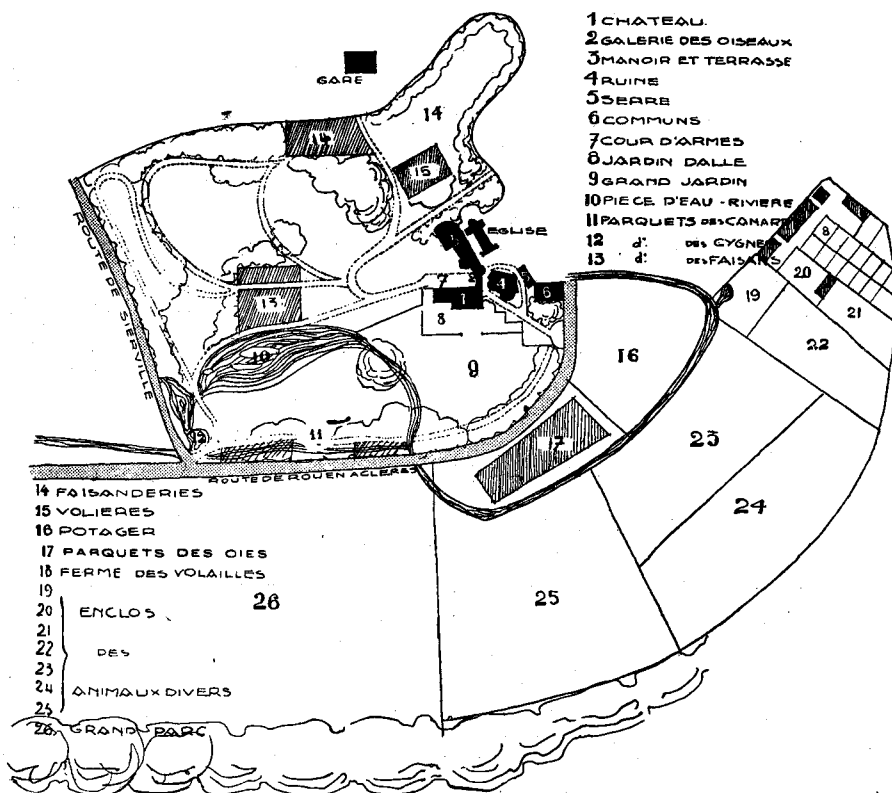


FIG. 1. — Plano del Parque de Clères y sus dependencias.

ciones se especializan en aves. El conjunto de las acuáticas es el más completo que se conoce y en el de los faisanes solo faltan muy pocas especies, probablemente dos.

Su propietario, dirigente en varias sociedades relacionadas con la ornitología y la aclimatación, posee no sólo entusiasmo y dedicación sino también una gran competencia técnica, que la ha demostrado en su manual para la crianza y conservación de las aves (*Les Oiseaux*, París 1925) y en

(1) El autor de estas líneas tuvo el privilegio de ser recibido repetidas veces por los amables castellanos de Clères — Madame Delacour y su hijo, nuestro consocio, — pudiendo apreciar el hermoso parque en primavera y en otoño.

sus continuas publicaciones en las revistas; actualmente tiene en preparación una obra de gran aliento sobre las aves de la Indochina, país que conoce a fondo y en el cual pasa largas temporadas atendiendo sus importantes negocios.

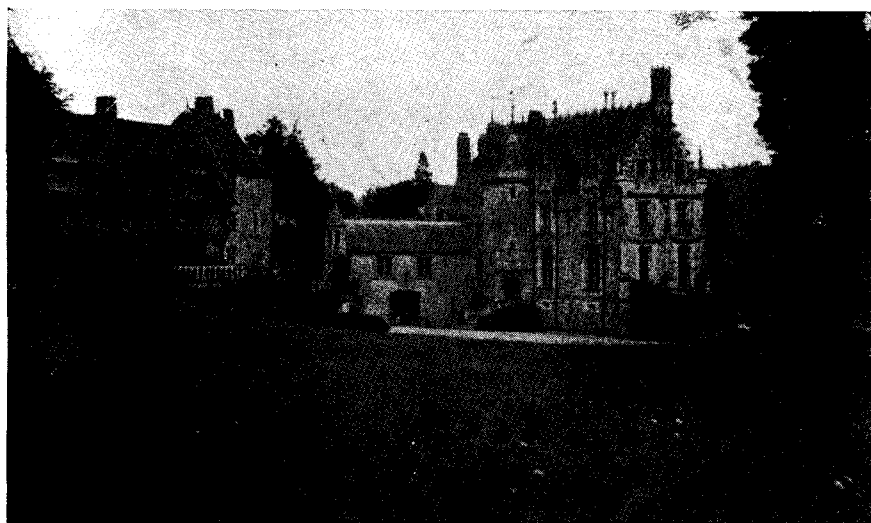


FIG. 2. — Vista del castillo de Clères.

El excepcional interés de las colecciones está realizado por el atractivo del parque, con sus ruinas medioevales y de las construcciones del período gótico, — como la « Galería de los altos y poderosos señores », que actualmente une la vivienda de suntuoso estilo del siglo XVI con el « Pabellón de la Justicia » —, y el complemento de un viejo « manoir » normando de típico tejado y de paneles de vigas a la vista; todo lo cual forma un conjunto de verdaderas joyas arquitectónicas, en las que se conserva a la vez que la tradición histórica, la elegancia del renacimiento y la gracia de las rancias mansiones rurales francesas.

Las ruinas y alguno de los cimientos datan del principio del siglo XIII, y parte de lo que aún existe es anterior a Juana de Arco, quien, cuando era llevada a Rouen para ser encarcelada (1431), se detuvo en el Castillo de Clères; más tarde se hospedó Carlos IX, el hijo de Catalina de Médicis, y luego Enrique IV habitó lo que es hoy la biblioteca, llamada « Cámara de Enrique IV » desde la época en que el bearnés la utilizara. Se perciben todavía los rastros del antiguo puente levadizo frente al « patio de armas » y en el torreón incendiado por los ingleses cuando tomaron a Rouen (1418) se encuentran baldosas que llevan la flor de lis y las torres de Castilla.

El primer señor de Clères fué un hijo de Ricardo I, Duque de Normandía, que viviera en el siglo X, y un nieto de aquél en el año 1001 fijó

el blasón y el título de Conde. La propiedad quedó en manos de la familia hasta 1839 en que pasó al Príncipe de Bearn por herencia colateral, y en 1913 a la Duquesa de Choiseul-Preslin, quien la cedió en 1919 a M. Jean Delacour.

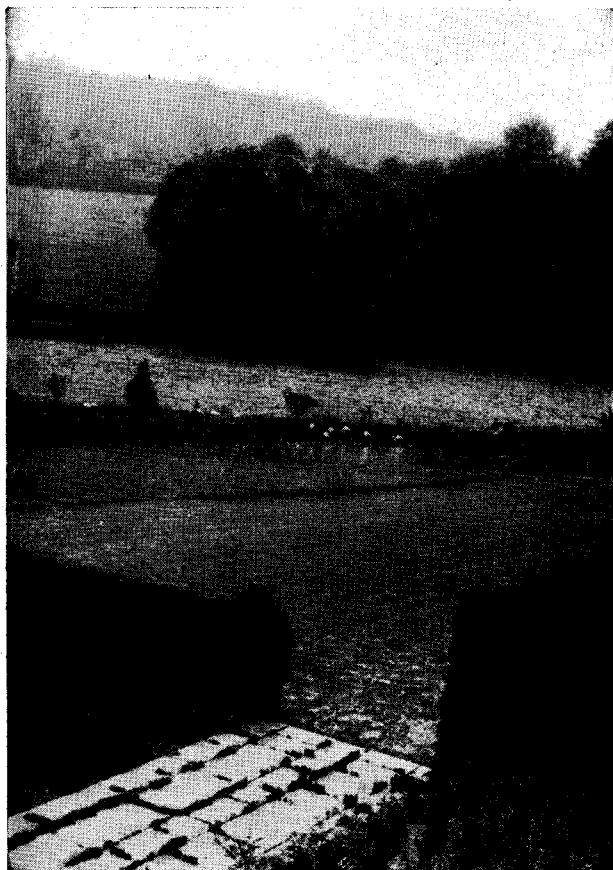


FIG. 3. — Vista pintoresca del Parque.

El Castillo fué restaurado en 1865 bajo la dirección del arquitecto Henri Parent y el parque dibujado y trazado por el paisajista Busigny. En 1919-20, ya en poder de su actual propietario, fué modificado todo lo que no estaba de acuerdo a la época de la construcción; el interior se reinstaló y amuebló en consonancia, y nuevos jardines fueron creados con planos del arquitecto Avray Tipping.

Esta encantadora propiedad se encuentra en el corazón de la Normandía, de justo renombre por la belleza de sus paisajes. La topografía del terreno ofrece las condiciones más favorables al desarrollo de un parque. El río Clères atraviesa la propiedad y se ensancha en un lago frente al castillo.

Las ondulaciones del suelo son tan pronunciadas que han permitido distribuir las aves — cuya mayoría anda en libertad — en la forma más conveniente para su lucimiento, de manera que desde los ventanales de los salones puede admirarse los grupos de flamencos que se pasean por el gran jardín, los centenares de anátidos que surcan el largo, las grullas del Cabo que arrastran sus largas plumas sobre el césped junto a un arroyo, o los ñanduces que allá del otro lado de la carretera picotean un prado que asciende en anfiteatro con fondo de árboles.



FIG. 4. — Ñandúes en el Parque.

Antes de la guerra M. Delacour poseía colecciones zoológicas y botánicas muy importantes en la residencia de su familia en Villers-Bretonneux (Somme), cerca de Amiens, lugar que en Marzo de 1918 fué arrasado, no quedando más que hoyos de obuses en todo el perímetro de lo que fuera una magnífica residencia.

Terminada la guerra M. Delacour buscó un sitio que pudiera reemplazar a la propiedad desaparecida y eligió Clères como el más apropiado para hacer sus instalaciones.

La distribución de éstas responde al criterio de no perjudicar al aspecto general del parque y de los jardines; cercos vivos disimulan las distintas divisiones y los árboles ocultan los criaderos.

Entre las numerosas y variadas secciones mencionaremos: las faisane-rías; las grandes jaulas; las pajareras; los estanques de los patos, de los cisnes y de los gansos; el gran lago; los criaderos de aves acuáticas; los

cercados de animales diversos; el gran parque; los gallineros; la isla, en el centro del lago, donde circulan libremente los monos Gibones de Indo-China, negros y de barbas blancas, en perpetuas maniobras acrobáticas, dando aullidos agudos que se oyen a gran distancia; los prados donde se ven en libertad grullas de Numidia y coronadas, y chajás; varias especies de mamíferos, especialmente Antílopes cervicapre, Cervulos de Reeves, Kangurus de Bennett y otros; la parte boscosa donde vuelan faisanes, pavos y gallos salvajes, varias especies de pavos reales, loforos y diversas clases de loros, cotorras y palomas exóticas. En jaulas especiales están



FIG. 5. — Palmípedas en la orilla del lago.

los argos, y aprovechando los huecos de las ruinas se han instalado a las cotorras «onduladas» de Australia, y los harfangs de las nieves en una torre derrumbada; y en los sitios más lejanos, en praderas de una quinceña de hectáreas, que se elevan en colina, los ñanduces blancos, carneros salvajes de Seay, muflones de Córcega, ciervos pseudaxis de Indochina, antílopes cobas, varios otros mamíferos y las aves de gran tamaño.

La gran pajarera está subdividida en 17 compartimentos de distintas dimensiones y tiene instalación interior con calefacción aprovechada por todos los compartimentos. En esta sección se encuentran los pájaros pequeños y medianos, algunos de ellos muy raros. Está rodeada por un rosedal y en el interior de cada compartimento hay jardines regulares.

En la galería que une el castillo con las terrazas está ocupada por una serie de jaulas donde se cuidan los pájaros más delicados. Hay también algunos acuarios.

En el «manoir» se encuentra la enfermería y varias habitaciones con calefacción para alojar a las especies más sensibles al frío y para aclimatar a los recién llegados. En esa misma parte se encuentran las oficinas

del Director, un técnico especialista que tiene a su cargo a un numeroso personal.

Posee una sección de particular interés y probablemente única en el mundo: en un gran invernáculo, donde se cultiva una lujuriosa y brillante flora de los trópicos, se encuentran instaladas las aves de los países más



FIG. 6. — Grullas de Numidia en el parque de Clères.

calientes del globo y se ven volar y circular entre las hojas y plantas pájaros de vivos colores y reflejos metálicos, entre los cuales algunos «nectarines» del Africa ecuatorial.

Existe también una granja de aves domésticas y es sumamente curioso un gallo japonés cuya cola pasa de dos metros de largo, cuidadosamente alojado en una jaula que permite que sus largas plumas no estén en contacto con nada que pueda estropearlas. El gallo es sacado diariamente para que haga ejercicio y se vuelve a colocar en su percha donde queda inmóvil.

La biblioteca ornitológica del castillo de Clères es completísima y rica en ejemplares raros y lujosos.

Con esta reseña y las fotografías que la acompañan puede formarse una idea aproximada de la belleza del castillo de Clères.

JORGE CASARES.